

Hans
Fallada
Pesadilla

Traducción:
ROSA PILAR BLANCO



MAEVA

PRÓLOGO

El autor de esta novela no está en modo alguno satisfecho con lo que escribió en las páginas que el lector tiene ahora impresas ante sus ojos. Cuando concibió este libro, tenía en mente que, además de las derrotas de la vida cotidiana, las depresiones, las enfermedades, el desaliento... Que, a pesar de todos estos fenómenos que el final de la espantosa guerra supuso inevitablemente para todo alemán, también había que describir nuevos impulsos: hechos de gran valentía, horas llenas de esperanza... Pero no lo consiguió. El libro ha quedado, en lo esencial, como el informe de una enfermedad, la historia de esa apatía que acometió a la mayor parte —y sobre todo a la más decente— del pueblo alemán en abril del año 1945, apatía de la que muchos todavía no han conseguido liberarse en la actualidad.

Que el autor no pudiera cambiar esto, que no fuera capaz de introducir ligereza y alegría en esta novela, no se debe solo a su manera de ver las cosas, sino sobre todo a la situación general del pueblo alemán, que aún hoy, a un año y un trimestre del fin de las operaciones militares, sigue siendo sombría.

Si pese a esta carencia la novela se entrega al público, se debe a que es quizá un *document humain*, un informe muy fiel a la verdad de lo que sintieron, padecieron, hicieron los alemanes desde abril de 1945 hasta bien entrado el verano. Quizá,

en un tiempo futuro no se pueda ya comprender la parálisis que contagió de un modo tan funesto este primer año después del fin de la guerra. Una historia de una enfermedad, por tanto, no una obra de arte... ¡Pido perdón! (Tampoco el autor pudo actuar de otro modo, también él estaba «paralizado».)

Hace un momento se ha hablado de «informe fiel a la verdad». Sin embargo, nada de lo que se narra en las siguientes páginas sucedió tal y como se refiere en ellas. Un libro como este, aunque solo sea por razones de extensión, no puede contar todo lo ocurrido. Se tuvo que proceder a una selección continua, hubo que inventar, los hechos a los que se hace referencia no se podían explicar sin ser modificados. Pero esto no significa que el conjunto no pueda considerarse «verdadero»: todo lo narrado aquí *pudo* suceder así, y sin embargo se trata de una novela, es decir, de una creación de la fantasía.

Lo mismo puede decirse de los personajes: tal y como están descritos en este libro, ninguno de ellos vive fuera de él. Así como los sucesos tuvieron que respetar las leyes de la narrativa, también los personajes hubieron de hacerlo. Algunos son inventados, otros están creados a partir de varias personas.

Escribir esta novela no resultó satisfactorio, pero a su autor el libro le parecía importante. Para él, entre los éxitos y las derrotas, lo que se había vivido —interna y externamente— tras el fin de la guerra siempre le siguió pareciendo importante. Casi todos perdieron la fe, pero al final hallaron un poco de valor y esperanza. De eso se habla en estas páginas.

H. F.

Berlín, agosto de 1946

PRIMERA PARTE

LA CAÍDA

CAPÍTULO UNO

El primer engaño

En las noches que siguieron al gran hundimiento, al señor Doll siempre le asaltaba el mismo sueño pavoroso cuando se quedaba dormido de verdad. Dormían muy poco en aquellas primeras noches, esperando siempre, aterrorizados, cualquier amenaza contra el cuerpo o el espíritu. La oscuridad había llegado hacía mucho, tras un día lleno de congoja, y aún seguían sentados junto a las ventanas, atisbando el pequeño prado, los arbustos, el estrecho sendero de cemento, a fin de vigilar si venía un enemigo, hasta que en sus ojos doloridos se confundía todo y ya no veían nada.

Entonces alguno solía preguntar:

—¿No será mejor que nos vayamos a dormir?

Pero casi nunca contestaba nadie, y entonces permanecían sentados, con la mirada perdida y asustados. Hasta que el sueño asaltaba al doctor Doll de repente, como un ladrón cuya gran mano se depositara asfixiante sobre su rostro. O también como una espesa telaraña que penetrara en su garganta al respirar y avasallara su conciencia. Una pesadilla...

Quedarse dormido de esta manera ya era bastante desagradable, pero a este mal adormecimiento lo seguía inmediatamente la pesadilla. Siempre la misma. El sueño de Doll era el siguiente:

Yacía en el fondo de un enorme cráter provocado por una bomba, de espaldas, los brazos apretados con fuerza contra los

costados, sobre un encharcado barro amarillento. Sin mover la cabeza, podía ver los troncos de los árboles que se habían desplomado en el cráter, así como las fachadas de algunos edificios, con sus huecos vacíos en las ventanas, tras los que no había nada. A veces a Doll le atormentaba el temor de que esas cosas acabaran precipitándose dentro del cráter y lo sepultaran, pero ninguna de esas ruinas amenazadoras cambiaba nunca de posición.

También le torturaba el pensamiento de que mil manantiales y venas de agua acabarían inundando el cráter y llenarían por completo su boca con esa cenagosa papilla amarilla. No había salvación posible; Doll sabía que jamás conseguiría levantarse por sí solo del fondo de ese cráter. Pero también este temor era infundado, pues nunca oía el rumor de manantiales ni el fluir de venas de agua. En el gigantesco cráter de la bomba reinaba un silencio sepulcral.

Y después, la tercera impresión torturadora era también un engaño: enormes bandadas de cuervos y cornejas sobrevolaban el cráter ininterrumpidamente, y a él le asustaba mucho que pudieran otear a su víctima en el barro. Pero no: todo seguía sumido en el silencio absoluto, esas enormes bandadas de pájaros solo existían en la imaginación de Doll, pues habría debido escuchar al menos sus graznidos.

Pero había otras dos cosas que no eran una fantasía; él las conocía muy bien. Una de ellas era que por fin había llegado la paz. Ninguna bomba rompía ya el aire con sus silbidos, ni se disparaba un solo tiro; había paz, no se oía nada. Una tremenda última explosión lo había arrastrado al fondo cenagoso de ese cráter. No yacía solo. A pesar de que nunca oía sonido alguno ni veía nada como lo descrito hasta aquí, lo sabía: con él yacía allí toda su familia, y todo el pueblo alemán, y absolutamente todos los pueblos de Europa, tan desamparados e indefensos como él, atormentados por sus mismos miedos.

Pero siempre, en todas las interminables y torturadoras horas de sueño —durante el día, el activo y enérgico doctor Doll estaba apagado y solo había miedo en su interior—, siempre, en esos criminales minutos de sueño, veía otra cosa. Y lo que veía era lo siguiente:

Al borde del cráter se sentaban, mudos, silenciosos e inmóviles, los Tres Grandes. En el sueño aún los denominaba con ese nombre que la guerra había grabado a fuego en su memoria de manera indeleble. Luego se añadían los nombres de Churchill, Roosevelt y Stalin, aunque a veces lo martirizaba el pensamiento de que ahí se había producido hacía poco otro cambio.

Los Tres Grandes estaban muy cerca o no muy lejos uno de otro; estaban tal y como acababan de llegar desde su propia región del mundo, y miraban con los ojos fijos y llenos de mudo dolor hacia abajo, al enorme cráter, en cuyo fondo yacían indefensos y manchados Doll, su familia, el pueblo alemán y el resto de los pueblos de Europa. Y mientras ellos permanecían sentados allí, mirando fijamente, mudos y llenos de dolor, Doll, en lo más hondo de su corazón, sabía con absoluta seguridad que los Tres Grandes cavilaban sin cesar sobre cómo se le podría volver a salvar a él, a Doll, y con él a todos los demás, y cómo se podría volver a construir un mundo feliz a partir de uno deshonrado. Sí, en eso pensaban sin cesar los Tres Grandes mientras interminables bandadas de cornejas volvían a casa sobrevolando el país pacificado, desde los campos de batalla del mundo hacia sus antiguos nidos, y mientras manaban de manera inaudible manantiales tranquilos cuyas aguas acercaban a su boca, cada vez más peligrosamente, la fangosa masa amarillenta.

Pero él, Doll, no podía hacer nada. Debía yacer inmóvil, los brazos muy apretados contra el cuerpo, y esperar hasta que los Tres Grandes, tristemente pensativos, tomaran una decisión. Esto era acaso lo más mortificador de la pesadilla para Doll; que él, amenazado todavía por muchos peligros, no pudiera hacer nada, sino que tuviera que esperar inmóvil durante un tiempo interminable, interminable. Las fachadas vacías de los edificios aún podían desplomarse sobre él; las bandadas de cornejas, hambrientas de cadáveres, descubrir al indefenso; el fango amarillo, llenar su boca. Él no podía hacer otra cosa que esperar, y quizá durante esa espera se haría demasiado tarde para él y para los suyos, a quienes quería tanto... ¡Tal vez terminarían sucumbiendo todos!

Transcurrió mucho tiempo hasta que los últimos vestigios de ese sueño terrorífico abandonaron a Doll, y no se liberó totalmente de ellos hasta que un cambio en su vida lo obligó a dejar atrás las cavilaciones y volver a ser un hombre activo. Pero mucho más tiempo todavía le llevó comprender con claridad que ese sueño horripilante, surgido fantasmagóricamente de su interior, solo se burlaba de él y lo confundía. Por mortificadora que resultara la pesadilla, Doll había creído en su veracidad.

Le costó mucho tiempo comprender que no había nadie en el mundo dispuesto a prestarle ayuda para que él se levantara del fango en el que había caído. Nadie, ni los Tres Grandes, por no hablar de sus compatriotas, se interesaba por el doctor Doll. ¡Si se encenagaba en esa papilla fangosa, tanto peor para él, pero solo para él! Ni un solo corazón en el mundo se apenaría por ello. Si deseaba seriamente volver a trabajar y hacer algo, era asunto suyo superar esa apatía, levantarse, sacudirse el lodo y ponerse manos a la obra.

Sin embargo, en aquella época Doll aún se encontraba muy lejos de esta certeza. Después de que por fin llegase la paz, todavía durante mucho tiempo pensó que todo el mundo estaba esperando solo para ayudarlo a él a ponerse en pie.

CAPÍTULO DOS

El otro engaño

La mañana de ese 26 de abril de 1945, Doll por fin había vuelto a despertarse de buen humor. Tras semanas y meses de espera inactiva para ver el fin de la guerra, el momento de la liberación parecía cercano. Habían tomado la ciudad de Prenzlau, y los rusos podían llegar en cualquier momento; los días anteriores los aviones ya habían sobrevolado en círculo la ciudad, ¡y no eran aviones alemanes!

Pero la mejor noticia la oyó Doll muy entrada la noche: las SS se retiraban, el Volkssturm, las fuerzas de asalto del pueblo, se había disuelto, la pequeña ciudad no tendría que ser defendida contra el avance de los rusos. Con ello le habían quitado un inmenso peso de encima: desde hacía semanas no se había atrevido a abandonar su casa a fin de no llamar la atención. Porque él se había decidido firmemente a no combatir en el Volkssturm.

De modo que tras estas buenas noticias se atrevió a salir de nuevo a la puerta sin temor a las murmuraciones de los amables vecinos, de los que al menos tres podían verlo por encima de la valla y el seto. Salió con su joven esposa al espléndido día de primavera. El sol calentaba y ello —sobre todo allí abajo, junto al agua— resultaba reconfortante. El follaje tenía todavía los mil matices ligeros y alegres de los primeros brotes, y bajo los pies el suelo parecía henchirse y anunciar su apremiante fertilidad.

Cuando Doll se encontraba apaciblemente con su esposa delante de casa, su mirada se posó sobre dos largos arriates de plantas vivaces situados a derecha e izquierda del estrecho camino de cemento que conducía a su puerta. Estos arriates verdeaban ya también; es más, incluso se abrían un poco con las primeras flores de muscari, prímulas y anémonas. Pero esta visión, en sí grata, quedaba arruinada por una maraña de alambres que, en parte arrancados, en parte clavados en feas estacas, ofendían con su desorden a los jóvenes brotes e incluso, con los extremos que colgaban traicioneros, hacían peligroso el tránsito por el camino de cemento.

Apenas cayeron sus ojos sobre semejante desorden, Doll exclamó:

—¡Aquí tengo mi tarea de hoy! ¡Esa deplorable alambrada lleva mucho tiempo fastidiándome! —Y sacando alicates y azada, emprendió con decisión el trabajo que se había propuesto.

Mientras estaba así, ocupado al sol, volvió a examinar las propiedades de sus vecinos más próximos. Pronto notó una actividad desacostumbrada. Allí, tanto cerca como lejos, reinaba un continuo correr de acá para allá, un arrastrar de muebles y maletas de las casas a los cobertizos y viceversa, un vagabundeo sin rumbo aparente, con palas que se clavaban aquí y allá en el suelo como al buen tuntún.

En ese momento, un vecino salía a toda prisa hacia el embarcadero y se quedaba parado en él, las manos en los bolsillos, como si de pronto tuviera todo el tiempo del mundo. Entonces algo caía al agua, y después de que el vecino mirase a su alrededor de manera tan llamativamente discreta como le era posible para ver si alguien lo observaba —Doll seguía cavando, animado—, regresaba a su casa contoneándose, como enfrascado en pensamientos profundos, donde muy pronto comenzaba a desplegar una nueva actividad febril.

Luego, de improviso, todo se detenía de nuevo. Los grupos se congregaban junto a las vallas divisorias y cuchicheaban con vehemencia entre ellos. Entonces grandes paquetes cambiaban de dueño por encima del alambre y todos se separaban,

otra vez mirando afanosos a su alrededor, de nuevo ocupados con otros enredos.

Doll, que llevaba viviendo apenas unos meses en esa finca propiedad de su segunda esposa, quedaba excluido de todo ese trajín en su calidad de «forastero», y se alegraba de ello. Porque todos esos tejemanajes eran cosa casi exclusivamente de mujeres y hombres muy viejos, razón por la que Doll los despreciaba, al considerarlos «banalidades de mujeres».

Aunque lo cierto es que no pudo disfrutar mucho tiempo de su aislamiento, porque en ese momento dos mujeres, supuestamente amigas de su esposa, se presentaron en su parcela. Esas mujeres, a las que él nunca había podido soportar, se detuvieron junto a él y se mostraron muy sorprendidas de que en un día como aquel Doll tuviera tiempo de dedicarse a un trabajo como ese. ¡Con los rusos a las puertas!

Con una sonrisa un tanto burlona, el doctor Doll, a quien ahora se había unido también su mujer, explicó que precisamente estaba despejando el camino para esos visitantes tanto tiempo esperados. Las señoras, sorprendidas, le preguntaron si pensaba esperar al enemigo allí, en ese mismo lugar, porque con dos niños, una abuela anciana y una mujer joven, era algo poco aconsejable. Al menos ellos, los de esa parte de la pequeña ciudad, habían acordado alcanzar todos juntos la otra orilla del lago con los botes en cuanto oscureciera y, ocultos en la profundidad del bosque, esperar la evolución de los acontecimientos.

La mujer contestó por Doll a sus amigas:

—Nosotros no haremos nada parecido. No daremos ni un solo paso fuera de aquí ni esconderemos nada. Mi marido y yo recibiremos en el umbral de nuestra casa a los libertadores a quienes tanto hemos esperado.

Las señoras se opusieron con determinación, pero cuanto más insistentes se mostraban, más titubeaban en su propia decisión, más dudosa se les antojaba la seguridad de los bosques, que acababan de defender con tanta convicción, y, cuando al fin se marcharon, Doll le comentó a su mujer riendo:

—Ya verás como no hacen nada. Pasarán todavía un par de horas cloqueando sin rumbo, como las gallinas antes de una

tormenta, depositando algo aquí y picoteando algo allá. Pero al final se sentarán exhaustas en cualquier sitio y harán lo que hacemos todos desde hace semanas: limitarnos a esperar a los libertadores.

En lo relativo a sus amigas, Alma coincidía plenamente con su marido, pero, en lo referente a ella misma, no se sentía ni exhausta ni entregada a una paciente espera. Después del almuerzo le comunicó a Doll que, tras el desacostumbrado trabajo matinal, quería echarse un rato en el sofá, pero que antes iría en bicicleta a la ciudad para reponer sus existencias de medicamentos para la bilis, pues en los próximos días no tendría ocasión de hacerlo.

Doll se opuso con ligeros reparos: los rusos podían llegar en cualquier momento y lo mejor era que los esperaran juntos en casa. Pero también sabía, por experiencia, que era completamente inútil disuadir a su joven mujer de un plan valiéndose de la amenaza de posibles peligros. Ella le había demostrado en docenas de ocasiones que era una mujer intrépida, ya fuera en medio de una nutrida lluvia de bombas, luchando contra los incendios en Berlín o durante los ataques de aviones en vuelo rasante. De modo que, con un ligero suspiro, dijo:

—De acuerdo, querida. Que te vaya bien.

Desde la ventana la vio salir pedaleando. Luego se tumbó sonriendo en el sofá y se quedó dormido.

La señora Alma Doll, entretanto, daba pedaladas con energía cuesta arriba y cuesta abajo hacia la pequeña ciudad. El camino la llevó primero por senderos apartados junto a los que apenas había casas, después por una avenida jalonada de mansiones a cada lado. Aquí se dio cuenta de que no se veía a nadie en las calles y de que las viviendas —quizá debido a las ventanas cerradas— daban una impresión de abandono casi fantasmagórica. Seguramente ya están todos en el bosque, pensó la señora Doll, sintiendo cómo su audacia crecía aún más.

Allí donde la avenida desembocaba en una de las calles principales de la ciudad encontró al fin una señal de vida: un

gran camión de la Wehrmacht. Unos soldados de las SS ayudaban a algunas mujeres jóvenes y niñas a subir al vehículo.

—¡Dese prisa, joven! —le gritó uno de los miembros del escuadrón en un tono casi autoritario—. Es el último vehículo de la Wehrmacht que abandona la ciudad.

Al igual que su marido, la señora Doll se había sentido muy aliviada al ver que la ciudad, en lugar de defenderse, se había entregado sin resistencia. Pero eso no le impidió constatar.

—¡Eso es propio de vosotros, cobardes, huir ahora que vienen los rusos! Desde que estáis aquí habéis actuado como si fuerais los amos de la ciudad, habéis terminado con todos nuestros víveres, pero ahora que la cosa se pone seria huis como ratas.

Apenas un día antes, Alma no habría podido hablar así a un miembro de las SS sin que ella o su familia hubieran sufrido las peores consecuencias. La situación debía de haber cambiado de manera radical en las últimas veinticuatro horas, porque el hombre respondió muy tranquilo:

—Ande, suba al camión y deje de decir disparates. ¡Los primeros tanques rusos ya han entrado en la ciudad!

—¡Tanto mejor! —gritó la señora Doll—. ¡Así podré darles antes los buenos días!

Y pisando los pedales se adentró en la ciudad, alejándose del último vehículo de la Wehrmacht que tal vez viera en su vida.

De nuevo tuvo la impresión de que avanzaba por una ciudad abandonada; quizá aquellas mujeres que estaban junto al camión del ejército eran de verdad las últimas habitantes y todos los demás habían huido. En la calle no se veía un alma, ni siquiera un perro o un gato. Todas las ventanas estaban cerradas, todas las puertas parecían atrancadas. Y sin embargo, mientras recorría las calles aproximándose cada vez más al centro de la ciudad, tuvo la sensación de que ese ser formado por cientos y cientos de ciudadanos solo estaba conteniendo el aliento, que en ese preciso momento podía estallar tras ella, a su lado, en un espantoso alarido de espera torturada

y aterradora. Como si detrás de todas esas ventanas tapadas viviera gente, casi desquiciada debido al miedo a lo que se avecinaba, a la esperanza de que la espantosa guerra finalizase de verdad.

Esa sensación aumentó aún más al ver un par de paños blancos, apenas del tamaño de un pañuelo, que colgaban aquí y allá, encima de las puertas. En medio del ambiente espectral en que se encontraba desde su entrada en la ciudad, la señora Doll tardó unos instantes en comprender que esos paños blancos significaban la rendición incondicional. Era la primera vez en doce años que veía colgar de las casas otras banderas que no fueran las de la cruz gamada. Sin darse cuenta, aceleró el paso.

Dobló una esquina, y aquella sensación indefinida de miedo fantasmal desapareció en el acto. No pudo contener una sonrisa: en la calle llena de baches de la pequeña ciudad se movían, al parecer sin orden ni concierto y en todas direcciones, ocho o diez tanques. Por los uniformes, por los gorros de los hombres que asomaban de las escotillas abiertas, la señora Doll reconoció enseguida que no se trataba de tanques alemanes, qué va, sino de la avanzadilla de tanques rusos de la que acababan de prevenirla momentos antes.

Pero la escena no tenía nada de lo que uno hubiera de ser prevenido. Por la forma en que iban de un lado a otro bajo el hermoso sol de primavera, ahora subiéndose sin esfuerzo al bordillo de una acera, luego rozando los tilos con fuerza al pasar mientras regresaban a la calzada, esos tanques no representaban ninguna amenaza. Al contrario: parecía un juego sencillo, casi alegre. Ni por un instante sintió el menor peligro. Pasó con su bicicleta entre los tanques y luego, cuando llegó a su destino, la farmacia, se bajó de un salto. El sentimiento de libertad que de pronto experimentaba no le permitió reparar en que también las casas de esa calle estaban temerosamente atrancadas y cerradas, ni en que ella era la única alemana entre todos esos rusos, algunos de los cuales portaban metralletas.

Con cierto titubeo, la señora Doll apartó la mirada de la insólita escena callejera y se volvió hacia la farmacia, cuya

entrada, al igual que la de todas las casas, estaba cerrada a cal y canto. Como los golpes y las llamadas no servían de nada, vaciló un instante y luego se dirigió rápidamente a un ruso armado que estaba muy cerca.

—Oye, Iván —le dijo sonriente al ruso, tirando de su manga en dirección a la farmacia—, por favor, ábreme esta tienda.

El ruso respondió con indiferencia a su mirada risueña, y por un momento Alma tuvo la impresión un tanto inquietante de que la miraba como a un muro o un animal. Pero esa impresión se disipó tan deprisa como se había presentado cuando el hombre consintió en que ella lo llevase hasta la farmacia y allí, al comprender enseguida el propósito de ella, golpeó estrepitosamente un par de veces el panel de la puerta con la culata de su metralleta. Al momento apareció por una ventanita de cristal situada en la parte superior de la puerta la cabeza de león del boticario, un hombre de unos setenta años que atisbaba intranquilo la causa del alboroto. El rostro, siempre teñido de un alegre rojo vinoso, se veía ahora gris macilento.

La señora Doll saludó animosa al hombre con una inclinación de cabeza y le dijo al ruso:

—Está bien, muchas gracias. Ya puedes marcharte.

El soldado, sin pestañear, sin volverse siquiera hacia ella, regresó a su puesto. En ese momento la llave giró en la cerradura y la señora Doll pudo entrar en la farmacia, en la que, aparte del setentón, se encontraban su mujer, mucho más joven que él, y un hijo tardío de dos o tres años. Al momento de entrar la señora Doll, la puerta de la farmacia volvió a cerrarse con llave.

Mucho tiempo después aún seguiría vivo en su interior cada uno de los recuerdos de ese primer día de ocupación, si bien el recuerdo de la señora Doll sobre lo que se habló en la farmacia era impreciso. Sí, le entregaron su medicamento con la precisión acostumbrada; recordaba también que primero rechazaron el dinero, para aceptarlo después con unos ojos que sonreían con tristeza, como si se tratara del juego de una niña imprudente. A continuación siguieron comentarios sin

importancia, como, por ejemplo, que Alma no debía emprender el largo camino a casa con los rusos ahí fuera; debía quedarse a toda costa allí, en la farmacia. Y, sin embargo, los mismos que intentaban persuadirla dudaban unos instantes después de la seguridad que ofrecía aquella casa, se preguntaban si no habría sido mejor ocultarse en los bosques. O comenzaban a reprocharse por qué no habían huido mucho antes al oeste de Alemania... En definitiva, la señora Doll se encontró allí con la palabrería desoladora y absurda de las gentes desmoralizadas por una espera mortificadora e interminable, la misma que se escuchaba esos días en casi todos los hogares alemanes.

Pero allí —contemplando los tanques que pasaban ante las ventanas de la farmacia— esa palabrería resultaba especialmente absurda. Ya no había que tomar ninguna decisión, ¡todo estaba decidido! ¡La espera había terminado! Además, la señora Doll venía de fuera, del soleado ambiente primaveral, había circulado entre los tanques, había agarrado de la manga a un ruso con decisión, el último resto de miedo fantasmal se había desprendido de ella... Sencillamente, ya no *podía* soportar más esa monserga. Al final pidió en pocas palabras que volvieran a abrirle la puerta, salió a la calle, de vuelta a la claridad, montó en su bicicleta y se adentró en la ciudad, pasando siempre entre los tanques, cuyo número no dejaba de aumentar.

Seguramente la señora Doll fue la última persona que vio esa tarde con vida al boticario, a su mujer y a su hijo. Unas horas después el hombre administró veneno a su familia y luego a sí mismo, al parecer sin sentido; en el último momento le fallaron los nervios torturados. Habían sufrido mucho durante años, y claudicaron cuando parecía que algunas cosas podían mejorar en lugar de empeorar, cuando se negaron a soportar la incertidumbre de la brevísima espera.

Pero la mano del boticario, la misma que acababa de dosificar con la máxima precisión el narcótico para la dolencia biliar de la señora Doll, no fue tan afortunada en la medición del veneno para él y su propia familia: el hombre, demasiado viejo, y el niño, demasiado pequeño, murieron. Pero la esposa,

tras un prolongado padecimiento, se restableció y —pese a quedarse sola— no repitió la tentativa de suicidio.

No había avanzado mucho con su bicicleta cuando una imagen inaudita captó la atención de Alma Doll y provocó una nueva parada: delante del hotel más grande de la ciudad se había congregado una docena de niños y niñas de entre diez y doce años. Contemplaban el paso de los tanques, gritaban y reían, mientras que los soldados rusos parecían no verlos en absoluto.

El estado de ánimo de los niños —casi de salvaje desenfreno—, que habitualmente estaba más cerca del sosiego propio de los pueblos, se explicaba por las botellas de vino que sostenían en las manos. Justo cuando la señora Doll saltaba de su bicicleta, un niño salía por la puerta del hotel con más botellas entre los brazos. Los niños de la calle saludaron a su camarada con unos gritos de júbilo que prácticamente parecían los aullidos de una manada de lobeznos. Tanto si estaban llenas, medio vacías o vacías del todo, dejaron caer con descuido y hacerse añicos sobre el pavimento las botellas que sostenían en las manos y se abalanzaron sobre las nuevas, rompieron sin más preámbulo el gollete golpeándolas contra los peldaños de piedra de la escalera del hotel y las alzaron hacia sus bocas infantiles.

La visión le provocó en el acto la furia más extrema a la señora Doll. Si como madre la idea de un niño borracho le resultaba odiosa, su furia se incrementó todavía más porque esos críos, que ni siquiera eran adolescentes aún, estaban profanando con su borrachera la primera entrada del Ejército Rojo. Se lanzó contra los niños casi corriendo, les arrebató las botellas de vino y distribuyó con tal generosidad bofetadas y empujones que un momento después toda la cuadrilla desapareció doblando la esquina.

La señora Doll se detuvo para tomar aliento. La cólera, todavía intensa hasta hacía apenas un momento, se había desvanecido, y ahora contempló casi con alegría la calle abandonada por sus habitantes, en la que, aparte de ella, solo había tanques y algunos soldados rusos armados con metralletas. Entonces recordó que ya iba siendo hora de volver a casa y,

con un leve suspiro de felicidad, se volvió de nuevo hacia su bicicleta. Todavía no la había alcanzado cuando fue un soldado ruso quien en esta ocasión se dirigió a ella y, después de señalarle la mano, se sacó del bolsillo un paquetito que abrió inmediatamente.

Ella se miró la mano y solo entonces reparó en que al quitarles las botellas a los niños se había cortado: la sangre goteaba de sus dedos. Con cara sonriente dejó que el amable soldado le vendara la mano, después le dio una palmada en el hombro como muestra de gratitud —él le dirigió una mirada extraña—, montó en la bicicleta y regresó a casa sin más contratiempos. Por el lugar donde hacía apenas una hora estaba parado todavía el camión de la Wehrmacht ahora solo circulaban tanques rusos. ¿Habría logrado salir? Lo ignoraba; seguramente nunca lo sabría.

Cuando la señora Doll le contó a su marido las novedades, este solo dedujo de su informe que se reafirmaba en la decisión de esperar a los vencedores y libertadores en el umbral de su casa. Pero como la llegada de los rusos a ese lugar apartado de la pequeña ciudad podía suceder ahora en cualquier momento, Doll interrumpió la conversación con su mujer y regresó —con una tenacidad casi incomprensible dadas las circunstancias— a su trabajo en los arriates para eliminar los nudos de alambre que quedaban, enrollarlos como era debido y retirar las últimas y horribles estacas.

En las fincas colindantes no había pasado inadvertida la partida de la joven, ni tampoco su regreso. Muy pronto esos vecinos —naturalmente, siempre con pretextos oportunos, como, por ejemplo, pedir prestada una herramienta— se acercaron a donde trabajaba Doll, observaron su tarea e intentaron averiguar con grandes rodeos qué había ido a hacer la señora Doll a la ciudad, y si había visto alguna novedad. Doll, que habría respondido de inmediato a cualquier pregunta directa, completamente justificada en una situación así, odiaba esos circunloquios tan afectados y sibilinos, y ni se le pasó por la cabeza satisfacer una curiosidad tan disimulada.

Los vecinos habrían tenido que volver a marcharse con un

palmo de narices si Alma, que salía de la casa, no se hubiera reunido con su marido. Como suele suceder con la gente joven, estaba deseando contar su aventura, sobre todo teniendo en cuenta que había sido tan agradable y tranquilizadora.

En realidad, el relato de la joven provocó un cambio total en la opinión de los vecinos: ya nadie pensaba en huir al bosque. Al igual que los Doll, todos esperarían en sus hogares a los libertadores. Algunos incluso empezaron a hablar sin ambages de que estaría bien devolver a su lugar lo que habían escondido o enterrado a fin de no ofender con su desconfianza a los vencedores. Aunque esos comentarios fueron acogidos por algunos miembros de la familia con exclamaciones irritadas y negaciones con la cabeza:

—¡Olga, no irás a...!

—¡Pero qué cosas dices, Elisabeth, lo seguro es lo seguro!

O también:

—No sé nada de cosas escondidas en nuestra casa, Minnie.

¡Creo que estás fantaseando!

A la charla entre vecinos se sumaron dos ancianos que pasaban de los setenta y cuya fantasía se inflamó con la descripción de la escena de los niños bebiendo delante del hotel. Al principio, la ira de los dos viejos resultó indescriptible. ¿Acaso no llevaban ellos semanas y meses peregrinando hasta el establecimiento de ese hotelero precisamente, del que eran clientes habituales desde tiempos inmemoriales y a quien visitaban casi a diario a pesar de su avanzada edad y del largo camino? ¿Y no había rechazado ese canalla, ese maleante, ese traidor a su propio pueblo, sus peticiones de una botella, siquiera de un vaso de vino, comentando casi siempre que no le quedaba nada, que se lo habían bebido todo los de las SS? Y ahora salía a relucir que todavía quedaba vino allí, seguramente en grandes cantidades —una bodega entera, a lo mejor incluso varias—, que se les había negado contra todo derecho y que ahora derramaban los niños en la calle.

Los dos ancianos hacían comparaciones entre ellos; sus rostros, que momentos antes estaban grises de preocupación, lucían ahora encantadoramente sonrojados como por el reflejo

del vino, hasta su pelo blanco. Se golpeaban mutuamente las barrigas, que se habían vuelto flácidas en el último año y que hacía mucho que ya no llenaban los pantalones, y se gritaban a la cara los amados nombres de sus variedades de uva favoritas. El uno, bajo, siempre con traje de cazador de color verde, un consumado adorador del vino de Mosela; el otro, alto, siempre en mangas de camisa, con predilección por los vinos franceses. Golpeándose, pues, la barriga mientras bailoteaban y vociferaban, parecían estar ya borrachos del vino que todavía no tenían. La incertidumbre ante el futuro, la guerra que apenas acababa de terminar, el peligro, quizá próximo, habían caído en el olvido; cualquier recuerdo del tormento que tanto tiempo habían soportado había desaparecido ante la perspectiva de un trago. Y cuando, incitándose sin cesar el uno al otro, decidieron dirigirse de inmediato a la ciudad con dos carros de mano para ir a buscar los vinos de los que les habían privado de manera injusta, a Doll le pareció que aquel par estaría dispuesto a bailar sobre el Vesubio en erupción si era necesario.

A Dios gracias, ambos tenían esposa, y fueron ellas quienes se encargaron de que la excursión planeada quedara en nada, al menos por aquel día, pues el estruendo provocado por el paso de vehículos pesados se iba incrementando cada vez más y ya resonaba claramente desde la ciudad, más allá del lago.

—Pero si las cosas no suceden como esperamos —dijo Doll, volviendo a sus alambres—, seremos los culpables de que no huyeran al bosque. Y también de absolutamente todo lo que suceda...

—Yo no los he disuadido ni apoyado con ninguna palabra —se defendió la joven mujer.

—No importa lo que hayas dicho —contestó Doll, arrancando con unas tenazas una grapa de alambre del poste—. De lo que se trata ahora más bien es de que nuestros queridos vecinos han encontrado un chivo expiatorio para todo aquello que salga mal. —Enrolló un cable—. ¡No van a ahorrarnos nada, te lo aseguro! Si en todos estos años siempre han intentado echar la culpa de todo lo que sucedía a los demás y nunca a sí mismos..., ¿por qué tendrían que haber cambiado?

—Lo soportaremos con resignación —contestó la mujer, risueña y obstinada—. Como, además, siempre hemos sido las personas más odiadas del lugar, un poco más apenas importará, ¿no es así? —Y, saludándolo con una inclinación de cabeza, entró de nuevo en la casa.

El resto de la tarde transcurrió con una lentitud angustiosa. Volvían a adentrarse otra vez en aquella espera espantosa que confiaban en poder dejar atrás definitivamente... ¡Y con cuánta frecuencia tendrían que aguardar todavía! Tenían una larga espera por delante durante los meses siguientes. A veces Doll interrumpía su trabajo y se acercaba solo o con su mujer hasta la orilla del lago, desde donde divisaban un tramo de calle de la ciudad más allá del agua. Pero solo veían edificios vacíos, abandonados, sin una señal de vida humana, y su oído únicamente era capaz de percibir el rumor de un avance continuo, el retumbar, las bocinas de un convoy gigantesco que, sin ser visto, fantasmagóricamente, recorría la ciudad en dirección oeste.

Por fin —no faltaba mucho para el anochecer— la joven gritó desde la casa que la cena estaba casi lista. Doll, que en la última hora más que trabajar había fingido hacerlo, recogió sus herramientas, las llevó al cobertizo y se lavó en la cocina de verano. A la hora de la cena, se sentaron a la mesa la abuela, su mujer y los dos niños. Solo la abuela y su hija conversaban. La anciana, que, casi paralítica, permanecía siempre sentada en su sillón, estaba ansiosa de novedades, y esa noche su hija estaba deseando dárselas (algo que no sucedía siempre). Quería saberlo todo con detalle; prefería escuchar las cosas tres veces en lugar de una e importunaba a su hija con preguntas como: «¿Y entonces qué dijo ella?». «¿Y tú qué dijiste?». «¿Y qué respondió ella a eso?».

En general, Doll escuchaba con gusto estas conversaciones femeninas de discurrir monótono que prestaban tanta atención al detalle, siempre curioso por averiguar qué transformaciones habría experimentado el asunto en la próxima repetición en la vieja cabeza de la abuela. Esa noche, sin embargo, como el buen humor que había tenido por la mañana se había consumido ya, tuvo que hacer un gran esfuerzo para

soportar aquella cháchara sin protestar. Sabía que era injusto, pero es que en aquel momento lo que le apetecía precisamente era ser injusto.

De pronto, el niño, que estaba sentado a la mesa, exclamó en voz baja:

—¡Rusos!

Un ruido en la puerta hizo que todos enmudecieran y la miraran absortos, hasta que se abrió y tres rusos entraron en la habitación.

—¡Quedaos todos sentados! —ordenó Doll a media voz. Y, con el puño izquierdo levantado a modo de saludo, se dirigió a los visitantes con su mujer a su lado, quien no consideró que la orden de permanecer sentados la incluyera a ella. Ahora Doll volvió a sonreír; la tensión, la furiosa impaciencia lo habían abandonado, el tiempo de la espera había pasado, en el libro del destino se había abierto una nueva página...

—*Tovarich!* —exclamó sonriendo, y luego tendió la mano derecha para saludar a los tres visitantes.

Doll jamás olvidaría los modales y el aspecto de aquellos tres primeros rusos que entraron en su casa. El primero de ellos era un hombre joven y esbelto que llevaba una venda negra encima del ojo izquierdo. Se movía con agilidad y algo luminoso emanaba de él; vestía una guerrera azul y se cubría con un gorro de piel de oveja.

El que lo seguía, comparado con esa figura más bien musculosa, elegante, parecía un gigante que llegara hasta las vigas del techo. De su rostro grande y grisáceo de campesino colgaban unos enormes mostachos de pelos negros entre los que asomaban ya varias hebras grises. Lo más llamativo de aquel gigante era un sable corto y curvo enfundado en una vaina de cuero negro que llevaba cruzada delante de su vientre, cubierto con una chaqueta gris. El tercer hombre, que iba detrás de los otros dos, era un simple soldado todavía muy joven cuyo rostro apenas comenzaba a formarse. Bajo el brazo portaba una metralleta con el cargador curvo.

Tales eran los tres rusos, los invitados tan largamente esperados, a los que Doll se acercó con el puño izquierdo levantado

y la mano derecha tendida, con la palabra *tovarich* en los labios.

Pero mientras actuaba así, mientras permanecía delante de los tres, algo extraño sucedió. Doll dejó caer el puño izquierdo, la mano derecha se deslizó dentro de un bolsillo y su boca no repitió la palabra que debía establecer un vínculo entre él y los otros tres. Tampoco sonreía ya, sino que su rostro había adquirido una expresión sombría, pensativa. De repente bajó los ojos que hacía un momento contemplaban a los soldados y miró al suelo.

Más tarde, Doll no pudo precisar cuánto había durado la escena, si dos o tres minutos o apenas unos segundos. De pronto, el de la guerrera azul pasó entre él y su mujer, dirigiéndose hacia el interior de la casa, y los otros dos lo siguieron. Ni el señor ni la señora Doll fueron tras ellos; se quedaron allí en silencio, evitando mirarse. Entonces oyeron decir al niño:

—¡Ahí están otra vez!

Vieron que los tres rusos estaban ahora en la parte trasera de la casa. Habían salido por la cocina de verano; el rápido recorrido a través de las no más de cuatro habitaciones que tenía la casa apenas había durado un instante. Entonces, como si estuvieran perfectamente informados, sin vacilar o volverse siquiera, caminaron a lo largo del cobertizo, se acercaron al embarcadero, se metieron en la barca, soltaron las amarras y poco después desaparecieron tras los matorrales de la orilla.

—Se han ido —dijo de nuevo el chico.

—Pero vendrán más —comentó la mujer—. Esto ha debido de ser solamente un primer control para ver quién vive en cada casa. —Lanzó una rápida ojeada a su marido, que permanecía de pie, cavilando con aire sombrío y las manos en los bolsillos—. Vamos —dijo ella—, cenemos deprisa, antes de que la sopa se enfríe del todo. Y después los niños y la abuela se irán enseguida a la cama. Nosotros nos quedaremos todavía un rato levantados. Tengo la impresión de que al anochecer o ya durante la noche vendrán más.

—Me parece bien —contestó Doll, volviendo con ella a la mesa.

Mientras tanto, pensaba que también la voz de su mujer había cambiado por completo: ya no quedaba rastro de la vivacidad de la que había hecho gala al relatar los acontecimientos de esa tarde. Ella también ha notado algo, pensó él. Pero, al igual que yo, no quiere hablar del asunto. Eso está bien.

Más tarde, Doll prefirió imaginarse que su mujer quizá no se había dado cuenta de nada, que su voz había sonado tan distinta solo porque volvía a comenzar una nueva espera, la de más visitantes rusos. Sin duda, esperar era ahora lo más difícil de soportar para cualquier alemán, y eso era precisamente lo que se les imponía en muchas, en casi todas las cosas. Los próximos días, meses, incluso años...

La abuela y los niños entablaron una animada conversación en la que también participó la mujer. Como era natural, giró básicamente en torno a los tres visitantes y su aspecto tan abigarrado, al que no estaban acostumbrados por las tropas propias, las alemanas (o quizá porque, acostumbrados desde hacía mucho, ya no eran capaces de percibirlo). Más tarde discutieron con entusiasmo la cuestión de si recuperarían la barca, si los rusos la traerían de vuelta...

Doll no participó en la conversación. Esa noche ya no quiso pronunciar ni una palabra más; se sentía demasiado alterado. Solo una vez le preguntó en voz baja a su mujer:

—¿Te fijaste tú también en cómo me miraron?

Alma, en un tono igual de bajo y muy deprimida, contestó:

—¡Sí! Fue justo así como me miró esta tarde el ruso delante de la farmacia: como si yo fuera un muro o un animal.

Doll asintió brevemente. El matrimonio no habló más sobre ese tema, ni ese día ni más adelante.

Pero Doll volvía a verse delante de aquellos tres hombres, sonriendo, con la palabra *tovarich* en la boca, el puño levantado, la mano derecha extendida para saludar... ¡Qué falso había resultado todo eso, cuánto se avergonzaba de ello! De qué manera tan equivocada lo había empezado todo, desde por la mañana, cuando se despertó tan alegre, lanzándose al trabajo en los arriates para garantizar un camino «seguro» a los liberadores. ¡Cuán erróneamente lo había interpretado todo!

Y encima, un hombre como él se había jactado delante de los vecinos de que recibiría a los rusos en el umbral de su casa y les daría la bienvenida como libertadores. En lugar de reflexionar un poco sobre el relato de su mujer por la tarde y considerarlo una advertencia, solo había visto en él una corroboración de su postura obstinada, estúpida. ¡La verdad era que en esos doce años no había aprendido nada, a pesar de haberlo creído a veces con tanta certeza!

Con razón lo habían mirado los rusos como a un animal pequeño, malvado y despreciable; ese tipo con sus torpes intentos de congraciarse con ellos, que quería hacerles creer que con una sonrisa amistosa y una palabra en ruso que apenas entendía podía borrar de un plumazo todo lo que los alemanes habían hecho al mundo en los últimos doce años.

Él, Doll, era alemán, y sabía, al menos en teoría, que desde la toma del poder, desde las persecuciones a los judíos, el calificativo de «alemán», ya despreciado en la Primera Guerra Mundial, había ido perdiendo –de semana en semana y de mes en mes, cada vez más– crédito y prestigio. Como él mismo había dicho muchas veces:

–¡Eso no podrán perdonárnoslo jamás!

O:

–¡Esto lo pagaremos algún día todos nosotros!

Y él, que sabía muy bien que el concepto de *alemán* se había convertido en un insulto a lo largo del vasto mundo, se había comportado así con la necia esperanza de que los rusos se dieran cuenta de que también había «alemanes decentes».

¡Todo lo que él había esperado desde hacía tanto tiempo del final de esa guerra se había derrumbado de manera vergonzosa ante la mirada de tres soldados rusos! ¡Él era alemán, es decir, pertenecía al pueblo más odiado y despreciado del globo! Estaba en un nivel más bajo que el de la tribu más primitiva del interior de África, que jamás podría causar al mundo tanta destrucción, sangre, lágrimas y desdicha como las que había provocado el pueblo alemán. De repente, Doll comprendió con claridad que posiblemente su vida no alcanzaría a ver la purificación del nombre *alemán* a los ojos del

mundo, que quizá sus propios hijos y nietos tendrían que padecer en el futuro la ignominia de sus padres. El espejismo de que bastaría una palabra, una mirada para entenderse con los otros pueblos, para expresar que no todos los alemanes eran cómplices, también ese espejismo se había desvanecido.

Y esa sensación de vergüenza absolutamente impotente, que con frecuencia era relevada por largos períodos de penosísima apatía, no se debilitó con el correr de los meses; al contrario, se acrecentó aún más a causa de cientos de pequeñas vivencias. Más tarde, cuando llegó el proceso contra los criminales de guerra en Núremberg, cuando miles de espantosos pormenores fueron revelando poco a poco la envergadura de los crímenes alemanes, su corazón quiso rebelarse contra eso, no aguantar más, no dejarse hundir todavía más profundamente en el fango. ¡No!, se gritaba entonces a sí mismo. ¡Eso no lo sabía! ¡Jamás imaginé que fuera tan espantoso! ¡De eso no fui cómplice!

Pero luego volvía una y otra vez el instante en que sí recordaba. No quería incurrir otra vez en un cobarde autoengaño, encontrarse de nuevo en su propia habitación como un anfitrión desairado, despreciado con razón. ¡Sí!, se decía a sí mismo. Yo presencié los comienzos, con las persecuciones de los judíos. Más tarde también oí contar a menudo cómo trataban a los prisioneros de guerra rusos. Es verdad que me enfurecía por dentro, pero nunca hice nada para evitarlo. Si ya entonces hubiera sabido lo que hoy sé de todo ese horror, seguramente tampoco habría hecho nada más allá de sentir un odio impotente.

Doll también tenía que arreglárselas por sí solo cuando se trataba de enfrentarse a esto: había participado en el pecado, había sido cómplice y ya no tenía derecho, como alemán, a sentirse al mismo nivel de cualquier otro pueblo. Un ser despreciado, un ser despreciable, él, que siempre había estado orgulloso de sí mismo y que además tenía hijos, cuatro, todos aún menores de edad, todos todavía incapaces de pensar de manera autónoma, pero todos esperando tanto de esta vida... Y ahora a merced de un destino como ese.

¡Oh, Doll lo comprendía todo muy bien cuando oía o leía una y otra vez que gran parte de su pueblo estaba sumido en una completa apatía! A muchos les sucedería lo mismo que a él. Para ellos y para sí mismo deseaba la fuerza necesaria para soportar lo que les había sido impuesto.